
Carmen MONASTERIO, *Pascal, una filosofía que se trasciende a sí misma*, Pamplona: Eunsa, 2012, 323 pp., 17 x 24, ISBN 978-84-313-2883-2.

La admiración que Pascal ha suscitado y aún hoy día suscita entre autores diversos no siempre se corresponde con un conocimiento suficiente de su figura y su obra. Es ésta una de las razones de que existan interpretaciones diferentes y algo que contribuye al interés que tiene el libro. Su sentido de la ciencia y de lo científico, su manejo de los recursos literarios, los análisis psicológicos, su peculiar modo de considerar el universo y el hombre, y su visión de Dios y de la religión, hacen de Pascal un personaje al que se le admira por literato, pensador e incluso como a un autor espiritual. Pero más allá de estas facetas, destaca su pensamiento, su filosofía. Este libro trata de ahondar precisamente en el discurso filosófico de Pascal e intenta establecer, en qué medida su filosofía se halla en relación con la fe.

Las preguntas a las que trata de responder son ambiciosas y de gran interés y la primera es descubrir si el autor de *Les Pensées* puede ser considerado filósofo; dicho en otros términos, si es legítimo hablar de una filosofía de Pascal. Como punto de partida puede recordarse la interpretación de Victor Cousin (1792-1867) y otros autores posteriores, que reconocen el valor literario de su pensamiento pero se resisten a incluir su obra entre las de filosofía.

Este libro intenta mostrar que carece de consistencia la calificación de Pascal como pensador escéptico. Es cierto que Pascal critica la filosofía y a los filósofos en términos –si cabe– provocadores, pero lo hace en un contexto filosófico bien determinado y desde una perspectiva concreta. En este libro se señalan al menos tres coordenadas en las que se enmarcan esas críticas a la filosofía. La primera es que Pascal no pretendió escribir un libro de filosofía ni en torno a la filosofía sino que le movía exclusivamente el propósito de mostrar la grandeza de la religión cristiana. La segunda es el ambiente cultural de su época. La tercera, la filosofía ante la que reacciona: de una parte el racionalismo cartesiano y, de otra, la filosofía escolástica y, en general, toda filosofía que pretende llegar a Dios por caminos racionales.

Ciertamente, Pascal no pretendió hacer filosofía, y su obra no contiene ningún tratado que se enmarque, estrictamente hablando, dentro de este campo del saber. Sin embargo, sus escritos contienen un discurso filosófico que abre nuevas perspectivas precisamente en la medida que se trasciende a sí mismo. En la misma conciencia de su limitación reside su capacidad de compren-

sión. Si la filosofía es un saber eminentemente aporético, la obra de Pascal subraya precisamente este aspecto: defiende que el hombre se realiza a sí mismo cuando es capaz de hacerse grandes preguntas y se degrada en el momento que acalla esa tendencia camuflándose tras la diversión o la superficialidad.

El presente estudio muestra bien que Pascal reconoce la validez y la grandeza de la razón, pero ha descubierto, especialmente a través de Agustín de Hipona, que la razón por sí sola no es capaz de descubrir la verdad sobre el hombre. Insiste en la ventaja de no renunciar al conocimiento de la filosofía, siempre que se tenga en cuenta su limitación. Se encuentra aquí, a juicio de la autora, una de las claves del pensamiento de Pascal: entiende que sólo cuando la filosofía hace su trabajo y alcanza su propia cima descubre que el conocimiento humano no ha llegado al final. La propia razón filosófica se da cuenta de que ha de existir una realidad a la que no alcanza su propio método. En definitiva, descubre la necesidad de la fe.

La obra de Pascal se sitúa en un contexto cultural y teológico complicado, que tampoco se omite en el libro. Tras el pasaje del *Memorial* –también conocido como la *noche de fuego* en la que experimentó de manera viva la fe en el Dios de la Escritura más que en el «Dios de los filósofos»–, y desde sus primeros contactos con el jansenismo primitivo, Pascal se implica personalmente en un debate teológico heredero del que había tenido lugar décadas atrás en Lovaina; el que acabó con la cuestión de *auxiliis* y que trataba de dirimir en qué medida intervienen la gracia la libertad en las acciones que conducen al hombre a su último fin. Si en el siglo XVI la polémica en torno a la gracia la habían comenzado los dominicos y los molinistas, en el siglo XVII la misma discusión se traslada a París con los jesuitas y los jansenistas como protagonistas. A grandes rasgos, cabe afirmar que en los escritos de buena parte de autores jesuitas se acentuaba demasiado la influencia del humanismo, y se exageraba el papel de la voluntad en detrimento de la gracia divina. Por el contrario, los jansenistas habían creído hallar en la doctrina de la gracia de san Agustín la solución a la situación decadente en la que se encontraba la cristiandad, y defendían la primacía de la gracia en unos términos que parecían rozar la heterodoxia. Pero además, el conflicto entre jansenistas y jesuitas en Francia no fue únicamente un debate teológico; y el problema del jansenismo tampoco se limitó al ámbito religioso. La influencia que la Compañía de Jesús tenía en la Corte, y las complicadas relaciones entre Iglesia y Estado hacen que este conflicto saliera de los contornos que podríamos llamar de la Iglesia y adquirir una resonancia mayor de la que cabría esperar. Por otro lado, el alcance del deba-

te al que se acaba de hacer referencia de algún modo configura también una visión del hombre derivada de cada una de estas posturas.

Así, sin apartarse de su línea argumental, este libro analiza circunstancias históricas, culturales y teológicas que es necesario tener en cuenta para comprender a este autor y que no siempre han sido suficientemente valoradas. Y muestra cómo, en ese panorama, Pascal conecta perfectamente con la filosofía del hombre que deriva del pensamiento agustiniano: un ser profundamente limitado, herido por el pecado original, que es al mismo tiempo grande por su capacidad de pensar, y que, destinado a una felicidad eterna, necesita del auxilio de la gracia para llegar a alcanzarla.

De este modo, se concluye que para comprender a Pascal es necesario aproximarse a su figura con una mirada abierta y adoptar un punto de vista en cierta medida interdisciplinar. Éste es el camino por el que avanzan hoy en día los estudios sobre este autor que han experimentado un desarrollo notable en las últimas décadas especialmente en Francia, y es éste una de las líneas de fuerza presentes a lo largo de todo el libro.

Por lo demás, el libro también refleja que hay que tener en cuenta las complejas circunstancias en las que transcurre la vida de Pascal. Su obra más conocida –*Les Pensées*– es, al fin y al cabo, una obra póstuma que hubo de ser ordenada y editada por personas ajenas a su autor. Por todo ello, tiene gran importancia que los estudios sobre este autor estén en conexión con una investigación rigurosa del texto y se conozcan bien las ediciones consideradas como más objetivas. En este marco se sitúa este libro que conecta con los núcleos de estudios pascalianos más rigurosos.

Sergio SÁNCHEZ-MIGALLÓN

Ricardo ROVIRA REICH, *La educación política en la Antigüedad clásica. El enfoque sapiencial de Plutarco*, Madrid: BAC-UNED, 2012, 584 pp., 13,5 x 20,5, ISBN 978-84-220-1589-5.

Uno de los aspectos cruciales de la política es la selección de los gobernantes, pero también uno de los más espinosos y controvertidos. No en vano, la tesis de que los mejor «preparados» deben ocupar las más altas magistraturas puede parecer tan incompatible con el principio de igualdad como la existencia de la monarquía. No lo sería, si el pueblo escogiese siempre bien, pero